

# HISTORIA DE LA COMUNICACIÓN, HISTORIAS DE LOS MEDIOS Y DEL CAMPO ACADÉMICO: REFLEXIONES SOBRE EL FUTURO DE LA INVESTIGACIÓN EN MÉXICO<sup>1</sup>

*Raúl Fuentes Navarro y Francisco Hernández Lomelí*

## INTRODUCCIÓN

En *El oficio de historiar*, Don Luis González y González reflexionó, entre otros temas, sobre algunos tópicos abordados por los historiadores mexicanos. Señaló que los estudios relacionados con la cinematografía “interesan cada vez más a un número mayor de estudiosos”. Sin embargo, otros medios no eran tan afortunados. Por ejemplo, “la televisión, que apenas cumple el medio siglo, tan influyente a pesar de su juventud, no es todavía un tema de moda entre los historiadores”. Don Luis se preguntaba y a la vez invitaba: “¿por qué no hincarle el diente a la radiodifusión?” (González, 1988: 65). Casi dos décadas después, la prensa y la cinematografía siguen siendo mucho más estudiadas por los historiadores y los investigadores de la comunicación que la radio o la televisión, pero no puede decirse que el conocimiento disponible sobre la historia de estos “medios” sea, ni con mucho, suficiente. Lo mismo es cierto, incluso con mayor razón, sobre otras perspectivas históricas de la comunicación.

La Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación (AMIC) ha decidido, a partir de 2006, organizar la participación académica de sus miembros mediante la constitución de “grupos de investigación”, uno de los cuales, el referido a *historia de la comunicación*, es coordinado conjuntamente por los autores de este

---

<sup>1</sup> Las fuentes bibliográficas de este trabajo, se encuentran en archivo anexo.

texto. Concebidos estos grupos como espacios de diálogo y de articulación de intereses, líneas y prácticas de investigación, se pensó como conveniente explicitar y poner en debate las definiciones y postulados básicos que pueden ser compartidos, y operar así como fundamentos en la constitución de los grupos, como proyectos propiamente científicos. Para el caso del grupo *historia de la comunicación*, se propuso inicialmente una especificación quizá demasiado general y ambivalente: el “análisis y desarrollo de los estudios en comunicación en México” (AMIC, 2006). Como co-responsables de la coordinación del grupo, y a partir sobre todo de las respectivas ponencias presentadas en el XVIII Encuentro Nacional de la AMIC (Fuentes, 2006a; Hernández Lomelí, 2006), proponemos en este trabajo una discusión inicial sobre las premisas y orientaciones básicas que este grupo puede cultivar. Los “estados de la cuestión”, en sentido estricto, tendrán que elaborarse (o re-elaborarse), eventualmente, a partir de los consensos que esta discusión pueda generar.

#### INVESTIGACIÓN SOBRE LOS SUJETOS, LAS INSTITUCIONES Y LAS PRÁCTICAS DE INVESTIGACIÓN DE LA COMUNICACIÓN, SUS DETERMINACIONES SOCIOCULTURALES SUS ARTICULACIONES SOCIALES

En términos teóricos, y sin profundizar por ahora en ello, se puede partir de que la “acumulación” del conocimiento científico a lo largo del tiempo y del espacio, supone un grado de coincidencia en los enfoques teóricos y metodológicos que difícilmente puede constatar en la investigación de la comunicación, sea en México o en cualquier otro lugar del mundo. La *fragmentación*, que no hay que confundir con el pluralismo de perspectivas o con la especialización, es el desafío mayor para la consolidación del campo académico, pues dificulta en gran medida tanto la formación de nuevos practicantes como la articulación extra-académica de sus premisas, orientaciones y resultados. Y esa fragmentación ha crecido en los últimos años. Los primeros reportes publicados de un ambicioso proyecto del *Communication Research Centre (CRC)* de la Universidad de Helsinki (Herkman et al, 2007) así lo indican, en referencia a la investigación de la comunicación en Finlandia, Estados Unidos, Estonia, Japón, Francia, Alemania y Australia.<sup>2</sup> La-

<sup>2</sup> El objetivo del proyecto es aportar una panorámica general de la investigación de la comunicación y de los medios en los siete países. Elabora mapas de las principales instituciones y organiza-

mentablemente no existe información sistematizada similar sobre otros países, como los latinoamericanos, aunque algunos esfuerzos descriptivos e interpretativos se han hecho (Fuentes et al, 2006b). De manera que es necesario, en primer término, revisar de qué se habla cuando se habla de “comunicación”, de su investigación, y de la organización de su investigación.

El referente que parece más sólido al respecto es el institucional. En México operan más de 350 programas de licenciatura, desde un cierto punto de vista identificables como “de ciencias de la comunicación”, pero que tienen 56 denominaciones diferentes. Hay más de 40 programas de posgrado, con 18 nombres distintos, no sólo entre sí sino distintos también de los de las licenciaturas.<sup>3</sup> Qué hay en común en esos programas de educación superior, que permita identificarlos como instancias institucionales para el “estudio de la comunicación”, es todavía una tarea pendiente de documentación y análisis, que no obstante parece ser muy poco relevante en la práctica en función del crecimiento de este mercado, progresivamente sujeto a la “acreditación” y a la “competencia” cuasi- o plenamente comercial, sobre todo en el nivel de licenciatura (Fuentes, 2005a).

En otro plano institucional, probablemente el parámetro más claro para identificar a los “investigadores de la comunicación” en México sea su pertenencia al Sistema Nacional de Investigadores (SNI), debido a la relativamente rigurosa evaluación periódica de la producción por “comités de pares” que supone, el reconocimiento oficial que otorga y los estímulos y posibilidades a los que da acceso. En el SNI no hay, todavía, una categoría muy precisa para distinguir a los investigadores “de la comunicación” de otros especialistas (dentro de la sociología), si bien

ciones, enfoques y características nacionales de esta actividad en cada país. El foco del proyecto está puesto en los años 2005 y 2006, pero algunas partes del proyecto han tomado en consideración datos de un periodo más largo cuando ha sido relevante. La recopilación y análisis de los datos se llevó a cabo durante el otoño de 2006 y la primavera de 2007. La información consiste en datos secundarios tomados de estudios previos, estadísticas ya existentes y datos primarios provenientes de entrevistas con personalidades clave en la investigación de la comunicación y los medios, según la presentación del proyecto en el sitio web: (<http://www.valt.helsinki.fi/blogs/crc/en/mapping.htm>).

<sup>3</sup> Pero en ese conjunto hay que destacar el número de programas de posgrado incorporados por CONACyT y la SEP en el Padrón Nacional de Posgrado, en el que en 2006 se incluyen cinco maestrías en comunicación (UIA, UNAM, ITESM, U. de Guadalajara e ITESO) y seis doctorados en donde hay un área de concentración dedicada a la comunicación (UNAM, UAM-Xochimilco, 2 de la U. de Guadalajara, ITESO e ITESM). Aunque no son muchos los estudiantes inscritos en el conjunto de estos programas, hay buenas bases para la formación, en el país, de nuevos investigadores.

hay ya un lugar en la comisión dictaminadora de ciencias sociales para alguien de este campo.

Pero entre los 113 sujetos que de una u otra manera puede decirse que contribuyen a la investigación de la comunicación y son miembros del sistema, hay que incluir a 91 que evalúa la Comisión de Ciencias Sociales (Área V) y a otros 22 que evalúa la Comisión de Humanidades y Ciencias de la Conducta (Área IV).<sup>4</sup> Aunque esa dispersión sucede en muchas otras especialidades de investigación, en el caso de la comunicación puede interpretarse más que como un rasgo de especialización de la producción, como un signo de la inespecificidad científica del campo, que se ha desarrollado en una especie de intersección entre las ciencias sociales y las humanidades. Y como puede calcularse que por cada investigador reconocido hay de dos a tres más, involucrados en la práctica, podremos apreciar la intervención de apenas alrededor de 300 sujetos en la definición cotidiana de los rasgos y las actividades del campo.

Sin embargo, no puede ignorarse que en los últimos diez, veinte y treinta años, hay avances notables en la legitimación, la profesionalización y la institucionalización de los estudios sobre la comunicación en México.<sup>5</sup> Es de primordial importancia para el desarrollo estratégico de sus proyectos que se documenten, contextualicen, evalúen e interpreten sistemáticamente estos avances. Es decir, que se investigue más sobre las prácticas de investigación y sus determinaciones socioculturales, tanto a partir de una conceptualización de "campo académico", como desde otras perspectivas (Fuentes, 2003; 2004; 2005b). Esta podría ser la primera línea de trabajo para el grupo, entendiendo que "historia" no remite sólo al pasado, sino quizá más a la elucidación de las posibilidades de futuro.

<sup>4</sup> Ese número no es del todo irrelevante, pues se acerca al 1% de los miembros actuales de todo el Sistema, además de que comparado con los 42 que había en el año 2000, o con los siete de 1990, indica un crecimiento muy notable.

<sup>5</sup> Quizá lo más notable sea la distribución por niveles de los 113 investigadores de la comunicación reconocidos por el SNI: hay once candidatos, 71 en el Nivel I, 25 en el Nivel II y seis en el Nivel III, es decir, un 72.5% de investigadores en etapas tempranas de su carrera académica, por un 27.5% de investigadores consolidados. Y lo que es todavía mejor es que casi la mitad del total, 52 investigadores, están adscritos a instituciones ubicadas fuera de la ciudad de México. Por género, hay 59 mujeres y 54 hombres, proporción casi perfecta, considerando que en el sistema en su conjunto, todavía hay un 69% de varones.

## INVESTIGACIÓN SOBRE LOS ORÍGENES, DESARROLLO Y ESTRUCTURACIÓN DE LOS PROYECTOS DE CONOCIMIENTO SOBRE LA COMUNICACIÓN

Aquí conviene revisar algunos de los aportes de Immanuel Wallerstein, ese ilustre sociólogo estadounidense prestigiado por sus contribuciones al estudio de los sistemas-mundo, así como por sus reflexiones y campañas emprendidas hace poco más de diez años desde la presidencia de la Asociación Internacional de Sociología, para la reconstrucción de las ciencias sociales (Wallerstein et al, 1996), que han sido ampliamente difundidas en México gracias sobre todo a don Pablo González Casanova y que pueden ser de gran utilidad para clarificar lo que puede ser el estudio científico de la comunicación.

Hay que partir de la distinción básica entre "sociología" y "ciencia social", en singular o en plural. La sociología es una disciplina, joven pero relativamente bien establecida y consolidada en los ámbitos académicos mundiales a lo largo del último siglo. Ciencia social, o si se quiere, "ciencias sociales", es todavía una denominación imprecisa para un campo de desarrollo intelectual muy amplio y difuso. Wallerstein ha clarificado históricamente su origen y las condiciones de su proyecto, utilizando el modelo de los campos del saber como culturas y ubicando el surgimiento de las ciencias sociales en medio de la oposición entre los proyectos intelectuales de las ciencias naturales y las humanidades, en el contexto de la modernidad.

Si las "dos culturas" irreconciliables entre sí de las que a mediados del siglo pasado hablaba C.P. Snow (2000) se resumieran en uno sólo de los muchos pares dicotómicos que las distinguen, podríamos enfatizar el modo epistemológico fundamental: las ciencias naturales tienden a reconocerse como proyectos *nomotéticos*, es decir, orientados a la construcción o el descubrimiento de leyes científicas, explicativas de las regularidades observables en el mundo, mientras que las humanidades tienden a desarrollar proyectos *idiográficos*, centrados en la comprensión lo más profunda posible de las particularidades de los fenómenos. La división entre la ciencia y la filosofía, entre la búsqueda de la verdad y la búsqueda de la belleza, que resultó de la emancipación del mundo moderno occidental de la autoridad absoluta de la teología entre los siglos XVI y XVIII, es el origen de la ciencia social y es quizá la principal de sus tensiones constitutivas. Wallerstein resume muy bien esta condición:

Esta nueva guerra de las ideas, ciencia contra filosofía/humanidades, ambos bandos trataron de apropiarse de la arena del conocimiento sobre la realidad social. Lo que

vino a llamarse ciencia social fue desde su origen un desgarramiento de la encarnizada lucha entre lo que sería lo nomotético (es decir, científico o científicista) y lo que sería lo idiográfico (esto es, hermenéutico o humanístico)... Conforme se institucionalizaron las dos culturas en el renovado sistema universitario que data del siglo XIX y es todavía el modelo predominante, las ciencias sociales se dividieron en una serie de así llamadas disciplinas, algunas de las cuales (la economía, la ciencia política y la sociología) se identificaron principalmente con el bando nomotético, mientras que otras (la historia, la antropología, los estudios orientales) lo hicieron con el idiográfico, aunque prácticamente ninguna de estas disciplinas estaba exenta de desacuerdos internos (Wallerstein, 2000: 30; Wallerstein et al, 1996).

Pero desde hace unos treinta años, la división entre las dos culturas y la consecuente constitución de las disciplinas de las ciencias sociales, ha sido radicalmente cuestionada por la emergencia, desde el campo de las ciencias naturales y las matemáticas, de las llamadas ciencias de la complejidad, y desde el campo de las humanidades y los estudios literarios, de los estudios culturales. Mientras que las ciencias de la complejidad ponen en cuestión el modelo fundamental de la ciencia moderna (determinista, reduccionista y lineal) al enfatizar la “flecha del tiempo” y el “fin de las certidumbres”, los estudios culturales cuestionan la vigencia de los “cánones estéticos” como criterio central, buscando historiar y relativizar los estudios de la “cultura”.

El mundo del conocimiento está siendo transformado de un modelo centrífugo a un modelo centrípeto. Desde mediados del siglo XIX hasta aproximadamente 1970, en el sistema universitario mundial hubo facultades separadas para las ciencias naturales y para las humanidades, que jalaban epistemológicamente en direcciones opuestas, con las ciencias sociales atrapadas en medio y desgarradas por esas dos poderosas fuerzas. Hoy tenemos científicos de la complejidad que usan un lenguaje más consonante con el discurso de la ciencia social (la flecha del tiempo) y representantes de los estudios culturales que hacen lo mismo (el anclaje social de los valores y los juicios estéticos), y ambos grupos están ganando fuerza. El modelo se está haciendo centrípeto en el sentido de que los dos extremos (la ciencia y las humanidades) se están moviendo en la dirección del polo central intermedio (la ciencia social) y en alguna medida en los términos de ese centro (Wallerstein, 2000: 31).

Las “ciencias de la comunicación”, como las ciencias sociales en su conjunto, están desde su origen sujetas a esas tensiones y movimientos del “mundo del conocimiento”, y además referidas a uno de los aspectos centrales y más cambiantes

del mundo social. Por ello es indispensable reconocer y explorar las implicaciones no sólo de la emergencia de la “idea de comunicación” (Peters, 1999; Mattelart, 1995), sino las complejas circunstancias en que esta “idea” o ideas, han sido “transmitidas” en el tiempo y el espacio a otras sociedades distintas a aquellas donde se originaron, y donde necesariamente hay que recontextualizarlas.

En el plano internacional, entre otros, Klaus Bruhn Jensen describe la estructura institucional actual del campo, en el entorno anglosajón, como “heterogénea”, pues persisten las divisiones entre los estudios de comunicación interpersonal y los de comunicación masiva, y dentro de éstos últimos entre los estudios científico-sociales, los interpretativos y los críticos (Jensen, 2002: 279).

Con el crecimiento de la comunicación mediada por computadora que, en ciertos aspectos rearticula los dos tipos, parece probable sin embargo un movimiento hacia la integración en las décadas por venir. En realidad no resulta tan aventurado imaginar facultades de comunicación y cultura que incluyan componentes científico-sociales, humanísticos y tecnológicos como respuesta estructural de las universidades, nuevamente, a un contexto social cambiante (Jensen, 2002: 279).

El propio Jensen apunta que los constituyentes del campo de la comunicación han estado desigualmente representados, pues “lo científico-natural” ha tenido una aportación insignificante en comparación con las contribuciones de lo científico-social y de las humanidades.

No obstante, ‘el método científico’, asociado sobre todo con las ciencias naturales, ha estado presente prominentemente en la metodología y la teoría de la ciencia, y quizá aún más en los debates sobre las políticas del hacer investigación. Estos últimos debates se han centrado frecuentemente en la cuestión de cuáles intereses sociales particulares resultan mejor servidos por tipos particulares de conocimiento científico (Jensen, 2002: 279).

Y siguiendo a Habermas en cuanto a la determinación de los “intereses del conocimiento” subyacentes en los proyectos científicos, Jensen encuentra en el campo de estudios de la comunicación, o de los medios, ejemplos de los tres tipos ideales principales: el *control mediante la predicción*, típico de las ciencias naturales, como en las encuestas cuantitativas para predecir las preferencias de audiencias determinadas; la *comprensión contemplativa*, típica de las humanidades, como en los análisis textuales cualitativos que exploran representaciones mediáticas de

la realidad social; y la *emancipación mediante la crítica*, típico de la ciencia social, como en los modelos participativos de comunicación (Jensen, 2002: 280-281).

Con este planteamiento, queda abierta la cuestión de la práctica de investigación como práctica social orientada por determinados proyectos, y como tal susceptible de ser fundada y evaluada *éticamente*. Para Jensen, en la triada formada por el investigador, sus sujetos de estudio y la comunidad de sus colegas, “el conflicto intelectual con implicaciones sociales es parte del negocio en proceso de la investigación de la comunicación” (Jensen, 2002: 292), porque hay que reconocer que “la orientación hacia la acción social es algo que la investigación comparte con la comunicación. Tanto la investigación de los medios como la comunicación mediada tienen fines, sean implícitos o explícitos”, y “es la conclusión de la comunicación mediada y su transformación regulada en acción social concertada lo que es distintivo de la democracia, no un interminable proceso de comunicación” (Jensen, 2002: 293).

El cultivo de la “historia de la comunicación” en su sentido más amplio, como análisis de los orígenes, desarrollo y estructuración de los sistemas y los proyectos sociales de “comunicación”, y de su investigación y enseñanza como prácticas sociales institucionalizadas, es decir, también históricamente situadas, es todavía extremadamente incipiente en México, en comparación con otros países. Perspectivas sociohistóricas como, a manera de ejemplo, la adoptada por Javier Esteinou (1981, 1983) al inicio de su carrera y luego abandonada, acaban siendo testimonios de una tendencia ausente, y de una ausencia importante. Por otra parte, con un énfasis en el desarrollo tecnológico e industrial de “las comunicaciones”, más que económico-político o sociocultural de “la comunicación”, obras como las de Gloria Fuentes (1987) o Fátima Fernández Christlieb (1991a) prácticamente no tienen tampoco equivalentes recientes, no obstante los radicales cambios que han sufrido en las últimas décadas las industrias de la radiodifusión y de las telecomunicaciones.

## INVESTIGACIÓN SOBRE LOS OBJETOS DE ESTUDIO Y SUS REFERENTES EMPÍRICOS

Finalmente, y siguiendo el argumento de Wallerstein de que el escenario más deseable para la “reunificación y redivisión” de las ciencias sociales implica la revisión de las estructuras disciplinarias y la constitución central de un proyecto *histórico*, donde las “Ciencias de la Comunicación” pueden contribuir en la medida en que enfatizan sus aportes inter- o transdisciplinarios sobre sus tendencias hacia la

disciplinización, que no hacia la especialización, el sentido del término “historia” puede quedar mejor formulado:

... todos estamos emprendiendo una tarea singular, que yo llamo ciencia social histórica, para subrayar que debe estar basada en el supuesto epistemológico de que todas las descripciones útiles de la realidad social son necesariamente al mismo tiempo ‘históricas’ (esto es, que toman en cuenta no sólo la especificidad de una situación sino los continuos e interminables cambios tanto en las estructuras bajo estudio como en las estructuras de sus entornos) y ‘científico-sociales’ (es decir, que buscan explicaciones estructurales de la *larga duración*, explicaciones que, sin embargo, ni son ni pueden ser eternas). En síntesis, los procesos deben estar en el centro de la metodología. En una ciencia social así reunificada (y eventualmente redividida), no sería posible asumir una separación significativa entre los aspectos políticos, económicos y socioculturales. (...) Los científicos sociales históricos tienen que incorporar la tensión universal-particular en el centro de su trabajo, y sujetar a todas las zonas, todos los grupos, todos los estratos, al mismo tipo de análisis crítico (Wallerstein, 2000: 34).

Desde esta propuesta, puede encontrarse el fundamento estratégico para justificar al menos una doble *articulación* del proyecto del grupo de investigación *historia de la comunicación*, primero con el referido a *teorías y metodologías de investigación de la comunicación*, con el que comparte un enfoque hacia la meta-investigación, y segundo, con el análisis de los procesos de constitución de los objetos genéricos de estudio del campo académico, y de sus complejas relaciones con sus referentes empíricos.

De esta manera, tendrán que ser incorporados los distintos esfuerzos por construir “historias de los medios” en un espacio académico de reflexión de mayores alcances. En México hay ejemplos notables de comunidades de investigación en historia de la prensa, del cine y de la televisión específicamente, con muchos años de trabajo y experiencias variadas, pero que enfrentan entre otros el problema del reconocimiento y la articulación como “investigación de la comunicación”.<sup>6</sup> Qui-

<sup>6</sup> Una exploración preliminar, mediante la búsqueda simple (sin combinaciones) de *descriptores* en la biblioteca virtual *ccdoc* (<http://ccdoc.iteso.mx>), en donde se reúnen referencias a productos de la investigación académica de la comunicación en México (realizada el 11 de junio de 2007) dio como resultados los siguientes: “Historia de la comunicación”, 20 documentos; “Historia de la prensa”, 118 documentos; “Historia del cine”, 72 documentos; “Historia de la televisión”, 42 documentos; “Historia de la radio”, 35 documentos. Estos 287 documentos representan apenas el 6.5% de los 4412 registrados en *ccdoc*.

zá con mayor énfasis en los *procesos* históricos, y no sólo en las especificidades de situaciones, personajes, instituciones o productos del pasado, esos aportes puedan ofrecer mejor sustento y densidad a las investigaciones “sobre el presente” y contribuyan, por ende, más integrada y consistentemente a la consolidación futura de la investigación académica de la comunicación en México.

Cabría, en este sentido, un esfuerzo colectivo para recuperar, continuar, articular y profundizar trabajos de investigación que han permitido empezar a desentrañar algunas dimensiones históricas del desarrollo de “los medios” en México, desde estudios clásicos como el de Fátima Fernández (1982) o el de Arredondo y Sánchez Ruiz (1986) y enfoques tanto nacionales como, complementariamente, regionales (Aceves, 1994).

Los estudios sobre historia de la prensa son sin duda los que mayor consistencia presentan entre los enfocados a la investigación histórica de “los medios” mexicanos. Largas y extensas tradiciones académicas confluyen progresivamente en un espacio de proyección nacional e internacional (Cano Andaluz, 1995; Del Palacio, 2000a), en el que las propuestas para “historiar los medios de comunicación desde puntos de vista comunicológicos e históricos” prometen un enriquecimiento metodológico interdisciplinario (Aguilar Plata, 2000; Cruz Soto, 2001; Del Palacio, 2000b; 2000c; 2006; Hernández Ramírez, 2001).

También el cine ha sido sólida y largamente estudiado desde perspectivas históricas. Además de la monumental obra de Emilio García Riera, *Historia documental del cine mexicano*, publicada originalmente entre 1969 y 1978, y luego continuada y reeditada (1993-1994), se cuenta con aportes fundamentales como los de Aurelio de los Reyes (1984) o Eduardo de la Vega (1991), entre otros, así como con obras colectivas de confluencia y diversificación de especialidades de investigación (Burton-Carvajal et al, 1998; De la Vega, 2000).

La historia de la radio ha sido aparentemente menos estudiada que la de otros medios, aunque hay que considerar que muchas historias de la televisión, o de la “radiodifusión” (Mejía Barquera, 1989), incluyen a la radio como industria “originaria” y de desarrollo paralelo. Por otra parte, a diferencia de otros medios, se han realizado múltiples estudios históricos sobre el desarrollo de la radio en diversas regiones del país (Fernández Christlieb, 1991b; Aceves et al, 1991), así como de las difusoras no comerciales (Romo, 1990; Peppino, 1999; Cornejo, 2002).

Finalmente, entre las historias que se han escrito sobre el origen y desarrollo de la industria de la televisión en México, pueden reconocerse tres “paradigmas”: hay historias *heroicas*, en las que se privilegian las cualidades individuales de los empresarios fundadores de la televisión sobre cualquier otra variable analítica. Es

el caso de los libros de Mejía Prieto (1972) o Gonzalo Castellot (1999). Otros trabajos sostienen que el establecimiento y posterior desarrollo de la televisión fue posible gracias a la existencia de una relación *simbiótica* entre los empresarios y el Estado. Además de la obra ya citada de Fátima Fernández (1982), pueden encuadrarse en este “paradigma” los libros coordinados por Raúl Trejo (1985; 1988) y los más recientes de Florence Toussaint (1998) o Guillermo Orozco (2002). El trabajo de Fernando Mejía Barquera (1989, 1998), o quizá el libro de Paxman y Fernández (2000) son probablemente ejemplos del tercer “paradigma”, que podría superar a los dos anteriores mediante la construcción de un *enfoque multicausal* (Hernández Lomelí, 2006). De cualquier manera, sobre la televisión, así como sobre los demás “medios”, sigue siendo muy necesario reforzar los recuentos críticos y la generación de nuevas propuestas de investigación en México (Sánchez Ruiz, 1992).

A manera de recapitulación, cabe insistir en la pertinencia teórico-metodológica y ético-social de *historiar* la investigación de “la comunicación”, de “los medios” y del “campo académico”, es decir, de enfatizar la articulación de los *procesos situados* que constituyen los objetos de estudio en sus múltiples dimensiones: económicas, políticas y culturales, donde los factores tecnológicos, estéticos o ideológicos están complejamente relacionados con la “globalización” y las desigualdades y desequilibrios con que se manifiesta y exacerba. Es de esperarse que el grupo de investigación *historia de la comunicación* de la AMIC pueda contribuir a consolidar una “historia” que conduzca a un mejor futuro.